

EUROPA EN LA ERA DE LAS POST-TRANSICIONES



La caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989 generó una espiral de acontecimientos que cambiaron la faz del mundo generando numerosos procesos de transición de todo tipo. Hoy, tres décadas después de aquellos trascendentales acontecimientos, los nuevos escenarios europeos «post-transicionales» han creado notables incertidumbres y planteado nuevas cuestiones. Dicho de otro modo, hoy se observan con inquietud los cambios que se están produciendo en Europa y se empiezan a proponer cambios en los tratados europeos; en este sentido, la propia Comisión Europea ha declarado que hay aspectos que se pueden mejorar, pero los principios fundacionales de la Unión Europea no pueden ponerse en cuestión. Es por ello que si la inmigración actual a Europa, por poner un ejemplo, termina en una especie de «etnicización» de los diferentes grupos de emigrantes, como ya se ha visto a lo largo de la Historia, en este caso con minorías históricas nacionales (como es el caso de los “rom”, los denominados nuevos parias del siglo XXI en Europa), se debe ser consciente que no corresponde a una tendencia natural de los propios grupos sino al debilitamiento democrático y a la ineficacia del poder político, y de la sociedad en general, en la búsqueda de medidas para propiciar la integración, entendida ésta en términos civiles y de convivencia y no de asimilación. En este sentido, cabe traer aquí a colación lo que Marc Augé señala en su obra *El sentido de los otros* (1996): el multiculturalismo es un fenómeno complejo en el que es preciso distinguir entre la afirmación de unas diferencias irreductibles o, por el contrario, el principio de una sociedad más abierta que es, a nuestro parecer, el que se presenta como más difícil de asumir.

Dra. ELENA SOLER

*Univerzita Karlova
(Charles University, Praga.
República Txeca)*

Asimismo y lamentablemente, aunque no es exclusivo de ella, en la Europa de hoy hay un cierto desprestigio o baja consideración de los intelectuales, y cuando ello ocurre, cuando las ideas y el conocimiento importan poco, ello condena a la sociedad a que desaparezca el espíritu crítico y, así, cuando no se ejerce esa función de vigilancia, la democracia se pone en peligro. Es por ello que hoy, a modo de homenaje, cabe recordar lo que Tony Judt, uno de los pensadores más relevantes de este último siglo, dijo en una de sus más brillantes publicaciones, *Sobre el olvidado siglo XX* (2008): la obligación de tener presente ese pasado, y tan cercano, siglo XX: a pesar de que el pasado reciente es el más difícil de conocer y de comprender, aquél se «conmemora» en muchos lugares tales como museos, santuarios, inscripciones, etc., que, en ciertos casos, llegan a convertirse en patrimonios de la Humanidad, como Dachau, Auchswitz, Terezin o Gulag, aunque, como también recuerda Pierre Nora, muchos de tales lugares tienen realmente un carácter selectivo.

Un «pasado reciente» compuesto de fragmentos de «diferentes pasados», cada uno de los cuales —el judío, el polaco, el rutenio, el alemán, el gitano o rom...— está marcado por una condición distintiva de víctima (olvidándonos que, a veces, también en otros momentos de la historia, algunos sectores de población también pudieron ser colaboradores e, incluso, opresores). En consecuencia, el mosaico resultante no nos liga con un pasado común, todo lo contrario, nos separa de él, pero de todas nuestras ilusiones contemporáneas, y volviendo a Tony Judt, la más peligrosa es aquélla sobre la que se sustentan todas las demás: la idea de que vivimos en una época sin precedentes, en la que lo que ocurre ahora es nuevo e irreversible y que el pasado no tiene nada que enseñarnos, pero, tal como inteligentemente ha señalado la historiadora canadiense Margaret MacMillan en su obra *Usos y abusos de la historia* (2014), quizá la historia no se repita, pues los contextos son diferentes, pero sí hay que tenerla presente, porque pese a sus diversas lecturas, interpretaciones, usos y abusos, aquélla siempre nos puede alertar para que las atrocidades y errores del pasado no se vuelvan a repetir.

En un momento en que las consecuencias de la reciente crisis económica, política y social están provocando en Europa el incremento de nuevas derivas etno-nacionalistas y el auge de la xenofobia y del racismo, propiciando la construcción de nuevos fantasmas y amenazas, del «nosotros versus ellos», del «conmigo o contra mí», hay que recordar, una y otra vez, las sabias palabras de Edgar Morin (*L'Europe à deux visages. Humanisme et barbarie*, 2015, p. 90): «Rien n'est irréversible et les conditions démocratiques humanistes doivent se régénérer en permanences, sinon elles dégènerent. La démocratie a besoin de se recréer en permanence».